La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

			J				2
	N		2				K
					2		
							L
					3	M	

SOLUCION

J=Torre; K=Dama; L=Caballo; M=Rey; N=Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
2	9	3	5	0	1
8	1	6	4	1	1
8	7	6	9	0	2
9	5	4	2	1	0
2	5	8	4	1	1

SOLUCION 7182

Verano/12

CLAVE DE SOL

(Por Martirio González) A Desesperada de Lanús cierto tunante que solía ser su amorcito la plantó a comienzos de un enero en el suburbio bonaerense. Acongojada, acalorada —pasadas las dos de la tarde, aún a la sombra la temperatura es altísima—, Desesperada no puede con su dolor y llama por teléfono a su mejor amiga, quien rechaza los requerimientos entre la una y las tres por hallarse tomando sol en la terraza del edificio de Palermo donde vive. Desesperada imagina la escena y suma a la humedad de su llanto la del sudor, en parte por la impresión desagradable que le provoca la idea de alguien cociéndose en una recalentada azotea cercada de cemento, deshidratándose en favor de un bronceado que es difícil considerar imprescindible, en parte también por el esfuerzo de imaginarlo, ya que todo esfuerzo se multiplica en verano. Incontables veces, recuerda, ha acompañado a su amiga a costaneras, veredas, plazas y parques varios, la ha esperado prudentemente cobijada bajo un árbol o —audaz— una sombrilla mientras la desatenta que no concibe bajar de los techos para consolar a una Desesperada de Lanús se doraba vuelta y vuelta. Recuerda también, con un poquito de asco, la concentración de bronceador por centímetro cuadrado, cuyo perfume superaba al del verde porteño, y sufre aun más por la ingratitud de ésa, para más inri su amiga predilecta, que se deja arrastrar, participa gustosa, incluso, en esa alegría compulsiva, saludable, dietética, asoleada del estío, mientras ella no sabe qué hacer con su padecimiento.

Desesperada de Lanús se siente amarga por no poder compartir los buenos humores recetados desde la televisión en los programas que transmiten desde la costa atlántica, donde se ve un montón de gente —con predominio de padres e hijos devueltos de la escuela, pues los docentes también son seres humanos— que inexplicablemente parece disfrutar de apretarse en playas más o menos estrechas, siempre llenas de carpas y sombrillas y lonas y castillitos de arena y toallas y viandas, en consorcios ad hoc, conflictivos como los de sus originarias casas de departamentos. Desesperada de Lanús teme que su disposición para la vida en sociedad haya bajado desde que aquel granuja dijo adiós, pues no encuentra nada de agradable en disputarse una mesa en algún bar de los circuitos porteños o marítimos para contribuir al aumento —sin parangón en otras estaciones— del consumo de cerveza, en disfrazarse de potra para facilitar uno de los ya de por sí bastante fáciles romances de verano, de cuya prosecución afortunadamente salva la llegada del otoño. Desesperada de Lanús cree que son sus penas de amor las que la alejan definitivamente de los mitos estivales, de la alegría quincenal, mensual en el mejor de los casos, de toda esa gente que parece congratularse de tener rutinas similares a las de las vacaciones pasadas y a las de sus vecinos, sueldos similares en poder adquisitivo a los del invierno, vida tan excitante como en plenas jornadas laborales.



Desesperada de Lanús duda —se jacta—: tal vez su fastidio veraniego sea razonable con independencia del corazón hecho añicos, tal vez la humedad subtropical sea un argumento tan lamentable y verificable como sus lágrimas. Desesperada de Lanús, que además de sufriente es culta, recuerda que en su *Diccionario de Tópicos* Gustave Flaubert anota en la definición de verano: "Siempre excepcional (ver invierno)", mientras que en invierno, además del previsible "siempre excepcional (ver verano)", agrega la expresión que deja poco para discutir sobre épocas del año: "Es más sano que las otras estaciones". El muy fresco.

He aquí a un sujeto que llegó al fondo de su yo a través de la ensalada de apio. Era un ser rodeado de cosas. Tenía un perro, cuatro hijos, dos coches, una mujer tan redonda como él mismo, un canario flauta, un jefe al que le olía el aliento, una bicicleta estática, una secretaria, un piso con terraza, una báscula a la que se le había saltado la aguja, un mes de vacaciones, una tarjeta Visa, un abono del Real Madrid, diversas porcelanas, fascículos y bandejas de plata, cuarenta y tantos años de vida, algunas arrobas de más y una mirada melancólica de buey. Estaba deprimido. Una masajista diplomada le pasaba la garlopa por los volúmenes del cuerpo y le sacaba virutas de manteca dos veces por semana. Era uno de esos gordos que hunden el catafalco del psicoanalista. Podía suicidarse, apuñalar a su señora, huir a Brasil con la nómina de la empresa o hacerse musulmán, pero él sólo deseaba meter la calva incipiente en el útero de su madre y convertirse en una carpa. Los señores, a cierta edad, suelen atravesar turbios lances de semejante estilo. ¿Ve usted a ese subsecretario tan mayor sentado en la poltrona de mando? En el subconsciente, también quiere navegar como un salmonete en la tibia placenta de su mamaíta, llenarse el bigote con los grumos viscosos de esa mujer que está en el retrato ovalado colgada de una pared del comedor. La depresión es un estado de lucidez. Este elemento había alcanzado una etapa de la existencia en la que se ve con claridad la pequeña bazofia rutinaria que a uno le rodea. Se sentía atrapado por un mundo de cacharros familiares, de amores usados, de horarios sometidos. Jamás podría seducir a aquella adolescente rubia y amoral que le tentaba lascivamente desde el balcón de la playa con la pompa del chicle en la boca entreabierta. Ella fue tal vez el dispositivo que le hizo saltar la neura. Por otra parte estaba el psicoanalista.

—Sólo existe una fórmula.

—¿Cuál?

—Haz en cada momento lo que más te apetezca.

—Eso no es fácil. Tendría que causar mucho daño.

—No importa.

—Hay personas a las que quiero todavía.

—Avísalas. Llega con ellas a un acuerdo.

Después de varias sesiones en el diván del psicoanalista comenzó a darle vueltas a una idea obsesiva: la falta de libertad produce cáncer. Aquella gorda que se pasaba los días bordando almohadones y comiendo pasteles, los hijos que parecían cuatro máquinas tragaperras, el jefe de la oficina que le echaba el aliento podrido en el pescuezo, las babuchas, la butaca raída por su inmenso trasero delante del televisor, el mes de vacaciones en Gandía, con la sombrilla, los flotadores y los cubos de plástico; el tedio de media tarde dando lengüetazos, en pantalón corto, a un cucurucho de helado, seguido de la prole por la linde de la playa, era el horizonte cerrado de este padre de familia, antiguo héroe del espacio con mechero Dunhill, convertido ahora en un volquete de tocino con los muslazos de paquidermo, el oleaje de la papada sumergido en la densidad de las tetillas y aquella barriga que doblaba la esquina cinco minutos antes que él. ¿Dónde tenía el yo? Probablemente, en el rincón más insospechado debajo de aquel montón de grasa.

Para mayor desgracia, fuera de su cuerpo era verano, un tiempo en que la gente trata de alargar el brazo hasta el infinito y sólo consigue atraparse por detrás el propio culo. En la mar había torsos juveniles de aceite que agitaban la inocencia del esperma, la sal de los ovarios recientes contra la luz harinosa. Ante la mirada de este cuarentón desvalido se sucedían relámpagos de carne en forma de cláusulas idealistas del cerebro, las muchachas bailaban en la arena sobre los dracmas perdidos, sobre los denarios enterrados en la orilla. Canoas de color naranja cruzaban por encima de ánforas naufragadas, y aquella adolescente del balcón no cesaba de tentarle lascivamente haciendo estallar la pompa del chicle en la boca entreabierta. Tenía un deseo feroz de transfigurarse, de cogerse a un asa de viento y subir a un cohete espacial que lo llevara a un lugar donde nunca más sintiera esa terrible ansiedad en el diafragma. En medio de la depresión, se contemplaba las grietas del vientre, se palpaba las várices (esos gusanos azules con nódulos que le trepaban por las pantorrillas), se miraba en el espejo las bolsas de pulpo, y entonces sólo quería huir; o apuñalar al ser más querido, o meter la cabeza en el cubo de la basura; pero la mujer, casi tan gorda como él, llena de melindres, acababa de sacar la cena a la terraza.

—Cariño, aquí están los canelones.

—¡Santo Dios!

—Tienes cochinillo de segundo.

—Acércame el pan, oye.

—De postre hay tarta de fresa.

La barriga le funcionaba a toda máquina, se le había convertido en una hormigonera. Comía y odiaba. Se inflaba aun más, y luego los embutidos le sumían en una modorra poblada de sueños de lolitas desnudas, aparatos de gimnasia, aventuras galantes, viajes al trópico y anuncios de Martini. En el fondo de la postración, balanceándose en la hamaca, este sujeto recordaba la advertencia del psicoanalista: la única forma de librarse de la tenaza consiste en imponerse la obligación, como el que se toma una medicina, de hacer en cada momento lo que a uno le apetece, caiga quien caiga, por encima de las reglas sociales o los hábitos de la familia. Se trata de un envite entre la libertad o la destrucción. Detrás de la angustia del hombre que se siente atrapado acecha siempre el cáncer. El quería cambiar de yo. Estaba esperando una oportunidad para huir. Lejanas bahías azules, islas de cal con palmeras, veleros atracando en Amalfi, dorada juventud de venas palpitantes bajo los bronces carnales. Había acariciado la idea de quedarse solo durante el verano después de pactar una tregua. Podía haber dejado el dálmata en la perrera municipal, mandar los hijos a un campamento, imaginar que a su mujer se la había llevado la grúa y él no la reclamaba; pero allí, en la terraza de la playa, estaba ella bordando almohadones, los niños gritaban y había que taparles la boca con un helado, el perro ladraba, y abajo, en el paseo, se veían cuerpos imposibles de alcanzar.

—¿Me quieres todavía?

—Sí.

—Mañana te haré una fabada.

—Está bien. Cárgala de morcilla.

Quería escapar. ¿Dónde tenía el yo? Tal vez en el fondo del propio laberinto de mantequilla, a la sombra del bazo. Le quedaban algunas salidas: suicidarse, matar a su señora y huir a Brasil con todos los sobres de la empresa en compañía de una ramera oxigenada. Le faltaba arrojo de ese calibre. Pero de pronto se le ocurrió la última fórmula de salvación. Decidió someterse a un riguroso plan para adelgazar. Sólo de este modo podría fugarse hacia dentro de sí mismo en busca de su yo. Comunicó la noticia a la mujer, y ella, soltando un grito de súbita felicidad, le dijo que quería acompañarle también en ese viaje. La pareja de gordos penetró a continuación, con una alegría furiosa, en la alucinada marcha atrás de las calorías. Parecía una bobada, pero la obsesión por recobrar el esqueleto llenó de sentido toda una existencia. Se encontraba ante una filosofía con varias escuelas de peso ideal: el régimen de los astronautas, la dieta del pomelo, de los hidratos de carbono, del huevo duro, del grano de arroz crudo antes de dormir. Al día siguiente, su vida se llenó de un panorama de alcachofas, espárragos, zanahorias, apio, remolacha, espinacas, judías tiernas, puerros, calabacines, lechugas, escarolas, y en el horizonte vegetal veía bailando a aquella adolescente del chicle que le incitaba imaginariamente a perderse con ella.

Nunca había experimentado una pasión tan desmedida. Acababa de iniciar las vacaciones, y para purificarse por completo se sometió durante tres jornadas seguidas a una cura de agua mineral con una infusión de té diurético. Lo había leído en una revista del corazón. La vejiga de este hombre comenzó a drenar pelotas de sebo; muy pronto, una cierta espiritualidad herbórea se le instaló en la cara, y el fanatismo acabó por inundarle la cabeza con una especie de bálsamo. Se hizo un experto en tablas de calorías, pesos, medidas, grasas, proteínas y metabolismos. Sólo comía ensaladas con la devoción mística de una cabra, y de momento se sentía feliz. Era un explorador que se abría paso con el machete en una selva de verdura hacia las fuentes de la eterna juventud. Un poco más y podría ponerse el pantalón del año pasado. En el cuarto de baño tenía una báscula con la que había establecido una intimidad erótica. Aquella aguja estaba bajando. La pareja entró en competición. Se desinflaba unos centímetros cada día, y por casa se oían gritos de victoria cuando caían las marcas. Su mujer le acompañaba en la huida, y actuaba de forma tan ascética que prácticamente había clausurado el estómago. A veces corría la cremallera de la boca, se metía por el tubo una lechuga o un rábano y la cerraba. Esos dos globos sentados en sillones de mimbre en la terraza de la playa se deshinchaban en silencio con la mirada perdida en el infinito.

Por Manuel Vincent

MUDA DE VERANO

Manuel Vicent nació en 1936, en Villavieja, provincia de Castellón. Es licenciado en derecho y estudió filosofía y periodismo en Madrid. Premio Alfaguara de novela con "Pascua y naranjas" y premio González Ruano de periodismo, ha sido caracterizado como un maestro en el arte de mirar la sociedad con ojos de cronista y describirla con prosa de escritor. Entre sus obras se destacan "El anarquista coronado de adelfas", "Angeles o neófitos" y "Balada de Caín" (Premio Nadal, 1986).



MUDA DE VERANO

Por Manuel Vincent

He aquí a un sujeto que llegó al fondo de su yo a través de la ensalada de apio. Era un ser rodeado de cosas. Tenía un perro, cuatro hijos, dos coches, una mujer tan redonda como él mismo, un canario flauta, un jefe al que le olía el aliento, una bicicleta estática, una secretaria, un piso con terraza, una báscula a la que se le había saltado la aguja, un mes de vacaciones, una tarjeta Visa, un abono del Real Madrid, diversas porcelanas, fascículos y bandejas de plata, cuarenta y tantos años de vida, algunas arrobas de más y una mirada melancólica de buey. Estaba deprimido. Una masajista diplomada le pasaba la garlopa por los volúmenes del cuerpo y le sacaba virutas de manteca dos veces por semana. Era uno de esos gordos que hunden el catafalco del psicoanalista. Podía suicidarse, apuñalar a su señora, huir a Brasil con la nómina de la empresa o hacerse musulmán, pero él sólo deseaba meter la calva incipiente en el útero de su madre y convertirse en una carpa. Los señores, a cierta edad, suelen atravesar turbios lances de semejante estilo. ¿Ve usted a ese subsecretario tan mayor sentado en la poltrona de mando? En el subconsciente, también quiere navegar como un salmonete en la tibia placenta de su mamaíta, llenarse el bigote con los grumos viscosos de esa mujer que está en el retrato ovalado colgada de una pared del comedor. La depresión es un estado de lucidez. Este elemento había alcanzado una etapa de la existencia en la que se ve con claridad la pequeña bazofia rutinaria que a uno le rodea. Se sentía atrapado por un mundo de cacharros familiares, de amores usados, de horarios sometidos. Jamás podría seducir a aquella adolescente rubia y amoral que le tentaba lascivamente desde el balcón de la playa con la pompa del chicle en la boca entreabierta. Ella fue tal vez el dispositivo que le hizo saltar la neura. Por otra parte estaba el psicoanalista.

—Sólo existe una fórmula.

—¿Cuál?

—Haz en cada momento lo que más te apetezca.

—Eso no es fácil. Tendría que causar mucho daño.

—No importa.

—Hay personas a las que quiero todavía.

—Avísalas. Llega con ellas a un acuerdo.

Después de varias sesiones en el diván del psicoanalista comenzó a darle vueltas a una idea obsesiva: la falta de libertad produce cáncer. Aquella gorda que se pasaba los días bordando almohadones y comiendo pasteles, los hijos que parecían cuatro máquinas tragaperras, el jefe de la oficina que le echaba el aliento podrido en el pescuezo, las babuchas, la butaca raída por su inmenso trasero delante del televisor, el mes de vacaciones en Gandía, con la sombrilla, los flotadores y los cubos de plástico; el tedio de media tarde dando lengüetazos, en pantalón corto, a un cucurucho de helado, seguido de la prole por la linde de la playa, era el horizonte cerrado de este padre de familia, antiguo héroe del espacio con mechero Dunhill, convertido ahora en un volquete de tocino con los muslazos de paquidermo, el oleaje de la papada sumergido en la densidad de las tetillas y aquella barriga que doblaba la esquina cinco minutos antes que él. ¿Dónde tenía el yo? Probablemente, en el rincón más insospechado debajo de aquel montón de grasa.

Para mayor desgracia, fuera de su cuerpo era verano, un tiempo en que la gente trata de alargar el brazo hasta el infinito y sólo consigue atraparse por detrás el propio culo. En la mar había torsos juveniles de aceite que agitaban la inocencia del esperma, la sal de los ovarios recientes contra la luz harinosa. Ante la mirada de este cuarentón desvalido se sucedían relámpagos de carne en forma de cláusulas idealistas del cerebro, las muchachas bailaban en la arena sobre los dracmas perdidos, sobre los denarios enterrados en la orilla. Canoas de color naranja cruzaban por encima de ánforas naufragadas, y aquella adolescente del balcón no cesaba de tentarle lascivamente haciendo estallar la pompa del chicle en la boca entreabierta. Tenía un deseo feroz de transfigurarse, de cogerse a un asa de viento y subir a un cohete espacial que lo llevara a un lugar donde nunca más sintiera esa terrible ansiedad en el diafragma. En medio de la depresión, se contemplaba las grietas del vientre, se palpaba las várices (esos gusanos azules con nódulos que le trepaban por las pantorrillas), se miraba en el espejo las bolsas de pulpo, y entonces sólo quería huir; o apuñalar al ser más querido, o meter la cabeza en el cubo de la basura; pero la mujer, casi tan gorda como él, llena de melindres, acababa de sacar la cena a la terraza.

—Cariño, aquí están los canelones.

—¡Santo Dios!

—Tienes cochinillo de segundo.

—Acércame el pan, oye.

—De postre hay tarta de fresa.

La barriga le funcionaba a toda máquina, se le había convertido en una hormigonera. Comía y odiaba. Se inflaba aun más, y luego los embutidos le sumían en una modorra poblada de sueños de lolitas desnudas, aparatos de gimnasia, aventuras galantes, viajes al trópico y anuncios de Martini. En el fondo de la postración, balanceándose en la hamaca, este sujeto recordaba la advertencia del psicoanalista: la única forma de librarse de la tenaza consiste en imponerse la obligación, como el que se toma una medicina, de hacer en cada momento lo que a uno le apetece, caiga quien caiga, por encima de las reglas sociales o los hábitos de la familia. Se trata de un envite entre la libertad o la destrucción. Detrás de la angustia del hombre que se siente atrapado acecha siempre el cáncer. El quería cambiar de yo. Estaba esperando una oportunidad para huir. Lejanas bahías azules, islas de cal con palmeras, veleros atracando en Amalfi, dorada juventud de venas palpitantes bajo los bronces carnales. Había acariciado la idea de quedarse solo durante el verano después de pactar una tregua. Podía haber dejado el dálmata en la perrera municipal, mandar los hijos a un campamento, imaginar que a su mujer se la había llevado la grúa y él no la reclamaba; pero allí, en la terraza de la playa, estaba ella bordando almohadones, los niños gritaban y había que taparles la boca con un helado, el perro ladraba, y abajo, en el paseo, se veían cuerpos imposibles de alcanzar.

—¿Me quieres todavía?

—Sí.

—Mañana te haré una fabada.

—Está bien. Cárgala de morcilla.

Quería escapar. ¿Dónde tenía el yo? Tal vez en el fondo del propio laberinto de mantequilla, a la sombra del bazo. Le quedaban algunas salidas: suicidarse, matar a su señora y huir a Brasil con todos los sobres de la empresa en compañía de una ramera oxigenada. Le faltaba arrojo de ese calibre. Pero de pronto se le ocurrió la última fórmula de salvación. Decidió someterse a un riguroso plan para adelgazar. Sólo de este modo podría fugarse hacia dentro de sí mismo en busca de su yo. Comunicó la noticia a la mujer, y ella, soltando un grito de súbita felicidad, le dijo que quería acompañarle también en ese viaje. La pareja de gordos penetró a continuación, con una alegría furiosa, en la alucinada marcha atrás de las calorías. Parecía una bobada, pero la obsesión por recobrar el esqueleto llenó de sentido toda una existencia. Se encontraba ante una filosofía con varias escuelas de peso ideal: el régimen de los astronautas, la dieta del pomelo, de los hidratos de carbono, del huevo duro, del grano de arroz crudo antes de dormir. Al día siguiente, su vida se llenó de un panorama de alcachofas, espárragos, zanahorias, apio, remolacha, espinacas, judías tiernas, puerros, calabacines, lechugas, escarolas, y en el horizonte vegetal veía bailando a aquella adolescente del chicle que le incitaba imaginariamente a perderse con ella.

Nunca había experimentado una pasión tan desmedida. Acababa de iniciar las vacaciones, y para purificarse por completo se sometió durante tres jornadas seguidas a una cura de agua mineral con una infusión de té diurético. Lo había leído en una revista del corazón. La vejiga de este hombre comenzó a drenar pelotas de sebo; muy pronto, una cierta espiritualidad herbórea se le instaló en la cara, y el fanatismo acabó por inundarle la cabeza con una especie de bálsamo. Se hizo un experto en tablas de calorías, pesos, medidas, grasas, proteínas y metabolismos. Sólo comía ensaladas con la devoción mística de una cabra, y de momento se sentía feliz. Era un explorador que se abría paso con el machete en una selva de verdura hacia las fuentes de la eterna juventud. Un poco más y podría ponerse el pantalón del año pasado. En el cuarto de baño tenía una báscula con la que había establecido una intimidad erótica. Aquella aguja estaba bajando. La pareja entró en competición. Se desinflaba unos centímetros cada día, y por casa se oían gritos de victoria cuando caían las marcas. Su mujer le acompañaba en la huida, y actuaba de forma tan ascética que prácticamente había clausurado el estómago. A veces corría la cremallera de la boca, se metía por el tubo una lechuga o un rábano y la cerraba. Esos dos globos sentados en sillones de mimbre en la terraza de la playa se deshinchaban en silencio con la mirada perdida en el infinito.

—Estoy encantado.

—Yo también, cariño.

—Ahora me pongo de pie, miro hacia abajo y ya casi puedo verme las rodillas.

En la primera semana perdió un kilo diario y no sabía a dónde iba a parar aquel alijo de grasa, aunque con él podía haber fabricado otro niño. En principio sólo notaba una ligereza debajo de los alerones. Comenzó a imaginar mundos exóticos, aquel espacio de belleza juvenil cuando él era campeón en salto de altura en el distrito universitario y las novias le mordían el cuello. En la vida siempre hay un momento estelar: ése en que uno decide huir o romper la soga, y este héroe dietético lo estaba consiguiendo. Dentro de poco alcanzaría a tocar con las manos el empeine sin doblar las corvas. Luego lograría levantar la rótula hasta las cejas. Después haría alpinismo, boxeo, lucha libre, yudo, natación, remo, y finalmente se compraría un equipo de tenis. Había una forma de escapar hacia dentro, de mudar la piel de serpiente, un método físico para cambiar de yo sin abandonar el sillón de mimbre. Bastaba con adelgazar hasta coger una silueta transparente y dejar la cabeza a los sueños de inmortalidad. Mientras tanto, la zanahoria rallada y el huevo duro hacían su trabajo, le iban esmerilando las fibras del magro, y entonces unos pellejos como pergaminos comenzaron a colgar a modo de colada de los altos huesos del hombre; pero en este tiempo aún se reconocía en el espejo. Podía decirse que todavía era el mismo ser.

—¿Me quieres?

—Sí.

—En la farmacia venden un té maravilloso. Te lo tomas y meas ya las criadillas.

—Cómpralo.

—¿Me quieres?

—Sí.

Después de un mes de brega alucinante con la dieta, al final de las vacaciones, la pareja también se reconocía mutuamente. Estaban todo el día juntos. Hacían un amor consabido. Incluso una ternura extraña había brotado entre ellos. Pero algo espiritual sucedía en aquella terraza. Habían perdido alrededor de 30 kilos cada uno y tenían la sensación de que sus cuerpos volaban hacia una lejanía contraria. La cadena de ganglios del hombre fue la primera en romperse. Aquella mañana en que la familia hacía las maletas para volver a la ciudad, este sujeto sintió un breve estallido, como si una burbuja le hubiera reventado bajo las costillas. En ese momento se había producido en su persona un salto cualitativo. Se miró en el espejo y vio allí a un señor desconocido. La última ensalada de apio le había roto el yo. Cuando salió del cuarto del baño, la mujer lanzó un grito de asombro en el pasillo:

—¿Quién es usted?

—Soy Pepe. ¿Y usted?

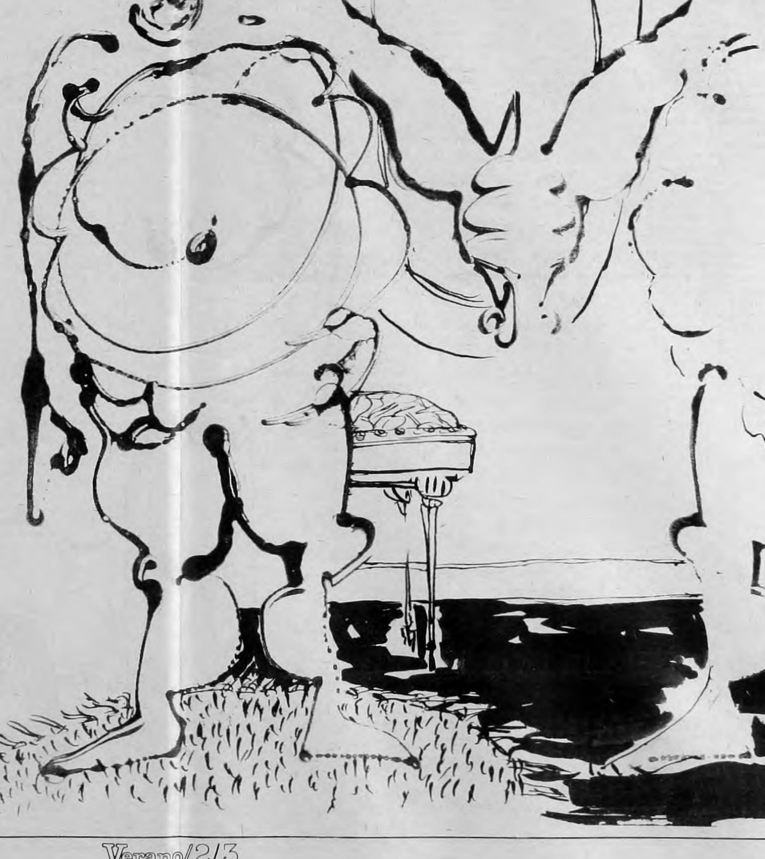
—Leonor.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío.

El antiguo Pepe y la antigua Leonor regresaron a Madrid en el mismo coche, con el perro, los hijos y los paquetes, haciéndose las caricias de esos seres que se acaban de conocer. En la playa habían dejado entre los dos unos 60 kilos de grasa, el equivalente a otro individuo. Finalmente, el tipo había huido. En ese instante estaba solo en la plaza, tomando una cerveza. Este montón de grasa en adelante se llamó Nicolás. Era libre. Acababa de ligar con la adolescente del chicle.

Manuel Vicent nació en 1936, en Villavieja, provincia de Castellón. Es licenciado en derecho y estudió filosofía y periodismo en Madrid. Premio Alfaguara de novela con "Pascua y naranjas" y premio González Ruano de periodismo, ha sido caracterizado como un maestro en el arte de mirar la sociedad con ojos de cronista y describirla con prosa de escritor. Entre sus obras se destacan "El anarquista coronado de adelfas", "Angeles o neófitos" y "Balada de Caín" (Premio Nadal, 1986).



—Estoy encantado.

—Yo también, cariño.

—Ahora me pongo de pie, miro hacia abajo y ya casi puedo verme las rodillas.

En la primera semana perdió un kilo ario y no sabía a dónde iba a parar aquel ijo de grasa, aunque con él podía haber bricado otro niño. En principio sólo nota- una ligereza debajo de los alerones. Co- enzó a imaginar mundos exóticos, aquel pacio de belleza juvenil cuando él era cam- eón en salto de altura en el distrito universi- rio y las novias le mordían el cuello. En la da siempre hay un momento estelar: ése en ue uno decide huir o romper la soga, y este éroe dietético lo estaba consiguiendo. entro de poco alcanzaría a tocar con las anos el empeine sin doblar las corvas. uego lograría levantar la rótula hasta las ce- s. Después haría alpinismo, boxeo, lucha bre, yudo, natación, remo, y finalmente se ompraría un equipo de tenis. Había una orma de escapar hacia dentro, de mudar la piel de serpiente, un método físico para cambiar de yo sin abandonar el sillón de mimbre. Bastaba con adelgazar hasta coger una silueta transparente y dejar la cabeza a los sueños de inmortalidad. Mientras tanto, la zanahoria rallada y el huevo duro hacían su trabajo, le iban esmerilando las fibras del magro, y entonces unos pellejos como pergaminos comenzaron a colgar a modo de colada de los altos huesos del hombre; pero en este tiempo aún se reconocía en el espejo. Podía decirse que todavía era el mismo ser.

—¿Me quieres?

—Sí.

—En la farmacia venden un té maravilloso. Te lo tomas y meas ya las criadillas.

—Cómpralo.

—¿Me quieres?

—Sí.

Después de un mes de brega alucinante con la dieta, al final de las vacaciones, la pareja también se reconocía mutuamente. Estaban todo el día juntos. Hacían un amor consabido. Incluso una ternura extraña había brotado entre ellos. Pero algo espiritual sucedía en aquella terraza. Habían perdido alrededor de 30 kilos cada uno y tenían la sensación de que sus cuerpos volaban hacia una lejanía contraria. La cadena de ganglios del hombre fue la primera en romperse. Aquella mañana en que la familia hacía las maletas para volver a la ciudad, este sujeto sintió un breve estallido, como si una burbuja le hubiera reventado bajo las costillas. En ese momento se había producido en su persona un salto cualitativo. Se miró en el espejo y vio allí a un señor desconocido. La última ensalada de apio le había roto el yo. Cuando salió del cuarto del baño, la mujer lanzó un grito de asombro en el pasillo:

—¿Quién es usted?

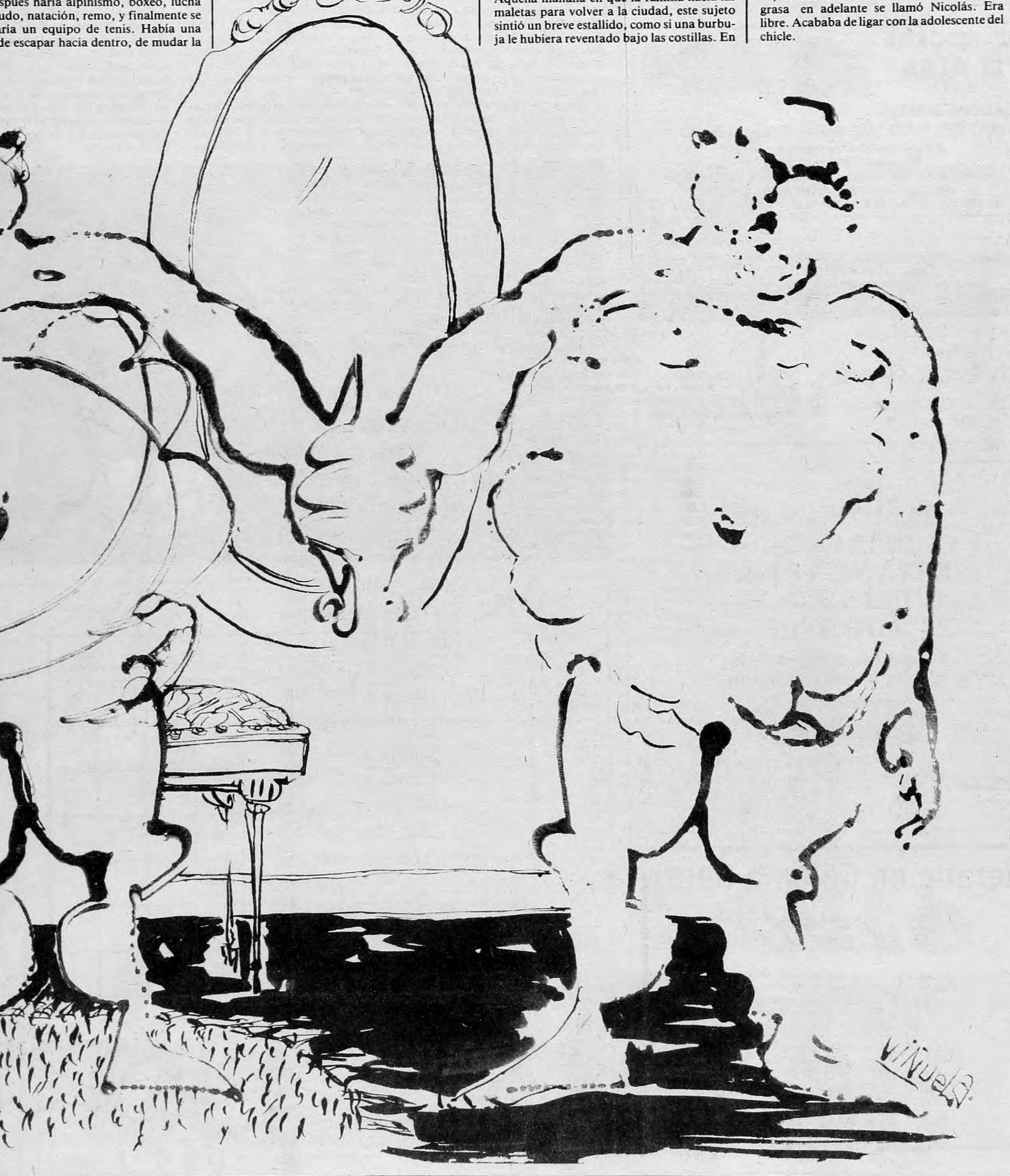
—Soy Pepe. ¿Y usted?

—Leonor.

—Tanto gusto.

—El gusto es mío.

El antiguo Pepe y la antigua Leonor regresaron a Madrid en el mismo coche, con el perro, los hijos y los paquetes, haciéndose las caricias de esos seres que se acaban de conocer. En la playa habían dejado entre los dos unos 60 kilos de grasa, el equivalente a otro individuo. Finalmente, el tipo había huido. En ese instante estaba solo en la plaza, tomando una cerveza. Este montón de grasa en adelante se llamó Nicolás. Era libre. Acababa de ligar con la adolescente del chicle.



MAR DEL PLATA

Se hace camino al andar: El bosque Peralta Ramos resulta una opción para tener en cuenta los días en que las nubes alejan a los veraneantes de la playa. Luego de una caminata quienes tengan ganas de algún bocadito reparador podrán probar los chocolates caseros (100.000 australes el kilo) y las tortas galesas (65.000 australes) que vende Claudia, en pleno corazón del bosque, en el horario de 15 a 21.30. El local se llama *Los Leños* y como dato para ubicarlo basta con aclarar que está detrás de la casa de la nueva sociedad de fomento. A pocos pasos de allí, María Angélica, su hija y su esposo ofrecen en la casa de la familia pullóveres hechos a mano. El precio de los sacos oscila entre los 420.000 y los 450.000 australes, los sweaters en los que se combina la lana tejida con dos agujas y trabajos hechos en telar rondan los 400.000 y las bufandas, también en tela de telar, se consiguen por 90.000. Otra propuesta digna de manos artesanas, sólo que esta vez traídas desde distintos lugares de América latina, se consiguen en *Artesanías del bosque*. Allí hay desde canastos peruanos de colores (120.000 australes) hasta paragüeros de mimbre

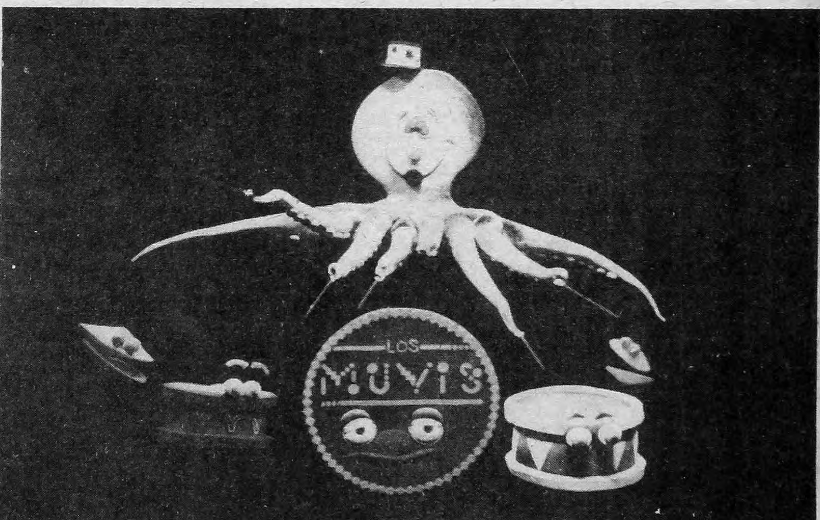
S.O.L SOSTENIDO

(72.000), piezas de cerámica (entre 35.000 y 50.000) o tapices que se cotizan a unos 650.000 australes. El horario de atención al público es de 14.30 a 21.30 (los miércoles es el único día que cierran), y se aceptan tarjetas de crédito. Un dato de interés para gente de a pie: el colectivo 526 los lleva desde el centro de Mar del Plata hasta el bosque.

Una para pibes: Canciones, magia, humor y disparate para los más chicos es la receta de los personajes del espectáculo *Llegaron los Muvis* que se presentó durante cuatro meses en Buenos Aires en versión teatral y que además transitó por la televisión. Con libro de Héctor Berra, canciones suyas y de Javier Zetner y dirección coreográfica de Carlos Veiga, el show levanta el telón del Teatro Colón, de martes a domingo a las 20.30 y los días nublados o lluviosos agregan funciones a las 17 y a las 19.

Para comprar un buzón: En los tiempos en que la tecnología marcha con la rapidez del fax y el DDI, más de un romántico, sin embargo, prefiere el viejo método de las cartas cuando de amor se trata. Betian[a] Blum y Arturo Bonin, dirigidos po[r] Oscar Barney Finn cuentan en *Lov[e] letters* la relación de una pareja a tra[-]vés de su correspondencia. La piez[a] de Gurney, en versión de Fernand[o] Masllorens y Federico González de[l] Pino, tras una larga temporada co[n] elenco rotativo en la cartelera porte[-]ña, se presenta en el teatro Corrien[-]tes II de martes a domingo a las 22.

Mujeres de la playa, unios: Protagonizada por Soledad Silveyr[a] y Ana María Picchio, con direcció[n] de Carlos Moreno, se presenta en e[l] Teatro Lido *Extraña Pareja (versión femenina)*, la comedia del norteamericano Neil Simon, autor de *Descalzos en el Parque, Plaza Suite y Capítulo dos*, entre otras. La pieza cuenta la historia de dos mujeres divorciadas que deciden vivir juntas a pesar de sus personalidades totalmente diferentes. Olivia (la Picchio) es apasionada, decidida y exitosa. Florence (Silveyra) es pulcra hasta la obsesión, histérica y reprimida. De la convivencia surgirán los conflictos y situaciones que rematan con humor. El elenco se completa con Perla Caron, Graciela Pal, Rota Cortese, Julia Howard y Roberto Catarineu. Las funciones son de martes a domingo a las 22.



Mini-Clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Manto largo sin mangas — Caldo para sazonar un manjar — Pasadizo — Intersección de dos planos (pl.) — Ruin, despreciable — Fatiga, cansancio — Baile vienés — Otorgar — Puse en circulación — Costado — Factibles — Adverbio que indica repetición — Letra griega — Millar — Dejé en libertad — Piojo de las gallinas — Distancia de un lugar al Ecuador — Lenguaje sin métrica ni rima — Distraído

AYUDAS: Prosa, Vals.

solución

O	D	I	■	A	S	O	R	P
D	U	T	I	T	A	L	■	■
A	T	I	■	E	T	L	O	S
L	I	M	■	■	S	I	B	■
■	S	E	L	B	I	S	O	P
■	A	■	I	■	R	A	D	■
S	L	A	V	■	A	P	A	C